

Recordatorio de Raúl Usandivaras

¿Puede un recordatorio formal y ordenado dar acabada cuenta de la vida de una persona? Me parece difícil, sobre todo cuando los sentimientos que la misma provoca y convoca no han podido ser rescatados, del tiempo efímero, para transformarse en historia.

Sin embargo comprendo que una breve síntesis biográfica es necesaria...

Raúl Usandivaras nació en Buenos Aires el 28 de enero de 1924, murió el 12 de noviembre de 1994. Fue médico psiquiatra egresado de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. Miembro Fundador y primer Presidente de la Asociación Escuela Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, Miembro del American Group Psychotherapy Association, Miembro de la Group Analytic Society (Londres) y Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Realizó su análisis didáctico con la Dra. Marie Langer y supervisó con los Dres. Heinrich Racker y Enrique Pichón Rivière.

En su trayectoria profesional fue Director del Departamento de Ciencias de la Conducta del Centro de Educación Médica e

Investigaciones Clínicas (CEMIC); Asesor en Salud Mental de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, tarea en la que trabajó junto a Mauricio Goldenberg; Director del Centro Racker y Secretario de la Comisión Directiva de la Asociación Psicoanalítica Argentina; Asesor del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y Profesor Titular de Psicología Social en la Universidad Católica Argentina.

Es autor de innumerables trabajos que han sido publicados en nuestro país y en el extranjero. Escribió nueve libros, en los cuales investigó fundamentalmente la dinámica de los grupos.

En esta apretada síntesis de la obra de Raúl Usandivaras, conocido habitualmente como Buby, que, como él decía “era un sobrenombre de infancia del cual nunca pude despegarme” puede encontrarse el sello distintivo del trabajo cotidiano y silencioso de un gran pionero: en grupos, en familias y parejas, en Psicoterapias Breves y en Psicoanálisis.

Sin embargo, aquellos que lo conocimos, además de valorar todo lo que él realizó no podemos dejar de lado lo que significó la experiencia del contacto que se establecía con Buby.

No fui su discípulo, tampoco su paciente, nunca supervisé con él, fuimos lo que se llama simplemente, amigos, y entre todos los que él tuvo, uno más. Quizás el carácter más distintivo de esa relación fue que comenzó hace veinticinco años y durante catorce fuimos vecinos. Nos veíamos con frecuencia, charlábamos mucho, muy pocas veces de psicoanálisis. Compartimos momentos importantes de nuestras vidas.

Todo esto me pareció suficiente para aceptar escribir estas líneas. Y, sin duda, su polifacética personalidad se constituyó en un desafío. Podía decir muchas cosas de él, pero ninguna terminaba de convencerme. Finalmente, tomé el teléfono y le conté a Mary –su esposa–, la tarea en la que me encontraba. Con la bondad y rapidez que le son características, Mary me invitó a su casa a charlar. Caminé las tres cuadras que me separaban de Pampa –así llamábamos a la casa y al consultorio de Buby– y entré en su living. Mientras la esperaba, miré el sillón donde él se sentaba habitualmente luego de su día de trabajo, frente a la ventana, al lado del equipo de música. Mary entró, se sentó frente a mí y, curiosamente, el sillón vacío fue el mudo testigo de nuestra charla. Era la primera vez que volvía a la casa de los Usandivaras desde el día en que Buby murió, su presencia afable y cariñosa

aún permanecía en el ambiente. Quizás por eso mismo, el dolor de que no estuviera fue leve, casi imperceptible, quizás la amena charla de Mary contribuyó a paliar esta primera sensación de ausencia.

Poco a poco fuimos encontrando las pistas de la vida de este hombre que entre todas sus actividades era también un amplio y versado conocedor del género policial.

Algo que yo siempre percibí lo puedo poner en palabras. Había toda una zona de su vida que era desconocida, para su mujer, para sus hijos, e incluso para él. Sentía que se había ocupado de su familia y de sus pacientes pero no había terminado de conocerse y así se me hizo claro que su último libro *La búsqueda del pájaro azul*, no era ni su despedida, ni su testamento. Escrito cuando ya conocía su enfermedad, era un eslabón, el último de su búsqueda personal e íntima.

Desfilaron por mi mente las charlas acerca de los libros y autores que tanto amaba. Goethe, Schiller, Rilke, Jean Guitton, su tardío descubrimiento de Borges. Era Buby, quien los sábados por la mañana salía por las librerías de Buenos Aires a buscar aquellos autores, y que, luego, nos recomendaba a sus amigos. Era Buby que en marzo de 1953 escribía a su esposa: “ya estoy instalado en nuestra casa, en mi mesa de trabajo y rodeado de mis libros. Como otras veces al regresar de mis vacaciones, tengo una alegría de verlos, a ellos, a mis libros como si fueran viejos amigos cordiales que me dan una bienvenida muda, sólo con estar presentes”.

Así, el gran contraste entre el hombre público y modesto, de aspecto formal, pero del que emanaba cariño y comprensión. Su voz grave e inconfundible plena de ricas tonalidades aún resuena en mis oídos.

A pesar de todo lo que realizó en su vida, privilegió de una manera constante y coherente el trabajo en grupo, así fue fiel a un estilo de enfocar la problemática humana que, sintetizada en una frase de Jean Guitton, se encontraba en su consultorio: “El trabajo no se hace nunca mejor que en equipo, cuando se escapa a la angustia, al orgullo de la soledad y se beneficia del trabajo de los demás”.

Este estilo de pensamiento le permitió a él y a un grupo de discípulos incursionar en caminos como la Psicología Transpersonal, la obra de Carl Jung, el estudio de los mitos y el chamanismo.

En su trabajo cotidiano tenía grupos terapéuticos a los que abordaba según las teorías de Foulkes y de los pensadores ingleses del Group Analysis, aunque afirmando en todo momento su sello personal.

Ejercía el psicoanálisis individual con sabiduría y sentido común. En una conferencia que pronunciara el año pasado acerca del “Significado de la búsqueda de uno mismo” al referirse al psicoanálisis como uno más de los posibles caminos que emprende un ser humano, afirmaba “que las personas que recurren al análisis lo hacen porque están sufriendo y buscan curarse. No he visto a nadie que viniera sólo para conocerse mejor. Pero a pesar de eso el conocimiento de sí mismo aparece como algo inevitable y necesario para la cura, pero, el análisis, como todos los caminos para el autoconocimiento produce momentos de fuerte sufrimiento”.

De los amigos uno aprende. Y de nuestra larga amistad, a pesar de tener disidencias, Buby me enseñó fundamentalmente el respeto a las creencias ajenas, así como también esa misma actitud frente a los que no tienen ninguna. No aceptaba y criticaba los fanatismos de cualquier tipo.

Su vida estuvo signada por diversas circunstancias, pero en los últimos años, quizás los más intensos, la búsqueda fue su máximo objetivo, una búsqueda que lo llevaba a concluir que no estamos solos, que somos parte de la comunidad de seres humanos y que, sin el otro, la vida pierde sentido. Una búsqueda que al final le permitió definirse a sí mismo como lo que era, “un buscador más”.

Aníbal Villa Segura